

TIBI DABO



MARCEL ACUNYA

—¡Daniel, venga!

Como cada jueves, exactamente a las 16:42, Dani y su madre cruzaban la calle Balmes en dirección Llobregat, de camino hacia la consulta de la Dra. Miranda. Y como cada jueves, Dani no podía resistirse a detenerse en medio de la calle y alzar la vista. Allí estaba, coronando la ciudad como un guardián silencioso, el Tibidabo. Había algo en esa montaña que lo atraía de una forma que no lograba explicar. Algo que le hacía sentir... llamado.

—¡Daniel!

La voz de Marta, su madre, rompió el momento como una piedra arrojada a un lago en calma. El claxon de un coche, seguido de un grito, lo devolvió bruscamente a la realidad. Se apresuró a cruzar, sintiendo el peso de la mirada de su madre y la presión de algo más que no sabía nombrar.

Marta era una mujer de una energía abrumadora, para quien adaptarse al aletargado ritmo de su hijo era un desafío constante. Pero nunca fallaba: a las 17:00 se encontraban esperando su turno en la consulta de la Dra. Miranda. La sala de espera intentaba sobrellevar la decadencia tras años de descuido: sillas de plástico azul, una mesa con revistas viejas y un reloj de color verde cuyas agujas parecían pintadas, incapaces de moverse.

Dani llevaba tres meses acudiendo a psicoterapia tras un diagnóstico de TDAH moderado. De momento no se apreciaban grandes avances, provocando en Marta esa mirada tensa que solo las madres al borde del agotamiento saben dominar, como si toda su paciencia estuviera contenida en un fino hilo a punto de romperse.

Los dedos de Dani tamborileaban sin cesar sobre la falsa piel del reposabrazos de la silla. Miles de pensamientos acudían sin parar, manteniéndolo en una especie de aturdimiento constante. Y aun así, ninguno era capaz de desdibujar la imagen del Tibidabo que había capturado unos minutos antes.

La puerta de la consulta se abrió tímidamente, mientras aún se escuchaba la voz de la Dra. Miranda. Dani y su madre fruncían el entrecejo como en un intento de amplificar su capacidad auditiva y escuchar mejor lo que pasaba dentro de la consulta.

—Entonces, Anna, ¿te parece conveniente si lo intentamos? Verás que es un chico genial y realmente estoy convencida de que será muy beneficioso para ambos.

—Me da igual, lo que usted diga...

—Muchísimas gracias, Dra. Nos vemos la semana que viene, y nuevamente, disculpe el retraso.

Una chica salió de la consulta de forma presurosa, la vista clavada al suelo, con su cabello cubriendo su visión lateral. Dani la siguió con su mirada, con suficiente agudeza como para vislumbrar un ojo entre aquella maraña de pelos: un ojo que había detectado claramente su atrevida curiosidad. Marta se puso rápidamente en pie, cogió la mano de Dani y prácticamente lo arrastró hacia la consulta. Dani, nervioso, se apresuró a soltar la mano de su madre mientras miraba en el reflejo cómo Anna y su madre descendían por la escalera.

—Hola, Dani. Hola, Marta. ¿Qué tal? ¿Cómo estáis hoy? —preguntó la Dra. Miranda.

—Hola, Dra. Ya ve, con las prisas de siempre. ¿Cree conveniente que le deje a Dani y venga a recogerlo en 45 minutos? Tengo mil cosas que hacer y así al menos aprovecho el tiempo.

—Bueno... yo diría que estar junto a Dani durante la consulta también es aprovechar el tiempo, pero entiendo su punto. No hay problema; de hecho, creo que será una buena idea.

—Genial, pues nos vemos en un ratito. ¡Hasta ahora! —respondió Marta, ignorando el incisivo comentario de la Dra.

La Dra. y Dani permanecieron en silencio esperando que Marta cerrara la puerta. Al marchar, Dani expresó cierta cara de alivio.

—Creo que este incidente nos ha venido genial. Tengo una propuesta para hacerte —dijo la Dra. Miranda.

Dani mantuvo el silencio, en un estado entre curiosidad e incredulidad.
—Dado que al parecer has ignorado por completo mis recomendaciones de hacer amigos, he decidido tomar las riendas.

—¿Qué ha hecho qué? No, no es que no quiera hacer amigos, es que no sé por dónde empezar. Quiero decir, tengo 16 años. ¿Voy por los pasillos del insti diciendo a la gente: “¿Quieres ser mi amigo?”? ¿Se da cuenta de lo patético que sería eso?

—Lo sé, lo entiendo perfectamente. Por eso he pensado que tal vez yo podría echarte una mano. ¿Has visto a la chica que acaba de salir de la consulta? Se llama Anna, y creo que podríais hacer buenas migas. Tenéis muchas cosas en común.

—Pero... pero... ¿exactamente qué ha hecho?

—Tranquilo. Simplemente le he hablado de ti, porque a ella también le cuesta hacer amigos y es algo que ambos necesitáis.

—¿Y si ella se piensa que yo se lo he pedido? Ay, Dios, qué vergüenza. No creo que pueda sobrellevar algo así. Además, ¿es éticamente correcto que una profesional de la salud mental haga interactuar a sus pacientes?

—Mi prioridad es el bienestar de mis pacientes, y estoy más que convencida de que este es un paso significativo para ambos. Y no, no pensará que tú me has sugerido esta idea, porque les he dejado claro que hoy lo consultaría contigo. ¿Te deja esto más tranquilo?

—No sé qué dirá mi madre. Ya sabe cómo es...

—No veo a tu madre por aquí... ¿Y tú? —la Dra. guiñó un ojo.

Dani sonrió. La Dra. le entregó una de sus tarjetas con un número de móvil apuntado a boli.

—Aquí tienes su teléfono. Sin presiones: cuando te sientas preparado, le escribes.

—Vale... —resopló Dani.

—Bien. Ahora te toca contarme cómo te ha ido durante esta semana.

Dani respondió con alguna evasiva o ironía para dar por concluida la conversación. La doctora intuyó que no iba a obtener mucho más y le recordó que podían retomar otro día. Él asintió, sin comprometerse demasiado.

Apenas escuchó las palabras de la Dra. Miranda, sus ojos y su mente se mantenían clavados en aquel trozo de papel con el nombre y número de Anna. Pero había algo más: un detalle en su brazo, una pequeña pulsera de cuero negro, apenas visible entre la manga del abrigo, dejaba entrever unas diminutas inscripciones. No eran letras normales. Parecían runas. Como si llevara un mensaje cifrado en la muñeca.

La tarjeta con el número de Anna seguía sobre la mesilla de Dani, arrugada por sus constantes idas y venidas. Tres días. Tres eternos días mirándola cada vez que el móvil vibraba, como si aquellas siete cifras pudieran saltar de la cartulina y teclearse solas. Al cuarto día, el impulso lo traicionó.

Fue un descuido: un maldito movimiento del pulgar mientras scrolleaba en «Exploradores Urbanos BCN». Un «like». A un post de Anna del mes pasado: «Los túneles de la catedral tienen puertas que no salen en los planos. Pregúntame por qué».

La notificación llegó antes de que pudiera arrepentirse.

Anna Darke (16:23):

¿Así que el chico de la consulta también cree en fantasmas?

Dani dejó caer el móvil como si le hubiera escocido. ¿Borrar el like?

¿Responder? ¿Bloquearla? Las opciones rebotaban en su cabeza hasta que lo único que supo hacer fue apagar la pantalla y enterrar el teléfono bajo la almohada.

La noche no le dio tregua. Soñó con pasillos húmedos y portones cerrados, y cada vez que abría los ojos, el cuarto parecía más pequeño. Al día siguiente, el libro *Secretos de Collserola* crujió bajo los dedos de Dani, esos dedos que habían recorrido esas mismas páginas de forma enfermiza centenares de veces. La biblioteca estaba vacía a esa hora; solo el zumbido intermitente de los fluorescentes rompía el silencio. Amplió la imagen en su cámara, comparando su última foto del Park

Güell con una reproducción antigua de 1923. Algo le escocía en la nuca al notar la discrepancia: en la imagen histórica, tras el famoso banco de trencadís, se distinguía claramente una puerta de hierro hoy inexistente.

—¿Sabías que los obreros se negaron a trabajar en esa zona tres días seguidos en 1921?

La voz de Anna surgió a su lado como un susurro cargado de humedad. Dani apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que el libro **Leyendas paganas de Cataluña** cayera sobre la mesa con un golpe sordo. Anna se deslizó en la silla contigua, trayendo consigo un olor a lavanda mezclado con tierra mojada, como si acabara de cavar con las manos.

—¿Anna? ¿De la consulta? —esgrimió Dani.

—La misma. Tu colega de loquero.

Dani analizó la nueva actitud de Anna. Aunque ahora parecía mostrarse más segura que en la consulta, se percibía una espontaneidad algo forzada, tal vez hasta planificada.

—Mira —dijo, señalando la foto antigua con un dedo cuya uña tenía una mancha de tinta seca—. Esa puerta llevaba a los túneles de suministro del parque. Pero hay algo mejor...

Pasó páginas con movimientos precisos hasta revelar un plano desplegable de 1919. Las líneas serpenteaban bajo el mapa de la ciudad como venas enfermas: túneles que conectaban el Park Güell con el Hospital de Sant Pau, y de ahí, en una línea roja temblorosa, hasta la base del Tibidabo.

Dani sintió un escalofrío que trepó por su columna como si alguien le leyera la espalda. Anna abrió su cuaderno negro, cuyas esquinas mostraban el desgaste de haber sido manoseado cientos de veces. En sus páginas se amontonaban recortes: fotografías granuladas de alcantarillas con símbolos grabados, estaciones de metro abandonadas con extrañas sombras alargadas... y en cada ubicación, siempre, el mismo trazo angular que Dani había visto en la pulsera de Anna.

—Gemma consiguió esto —murmuró Anna, desprendiendo una hoja con coordenadas escritas en tinta roja— del archivo municipal. Su tío trabajó en urbanismo.

Dani alzó la vista, encontrándose con los ojos verdes de Anna, que brillaban con una intensidad casi febril.

—Esta tarde, en el parque del Carmel. Si lo que buscas está en Collserola... —hizo una pausa dramática, dejando que las palabras se asentaran— primero hay que entenderlo que conecta todo.

El resto de la tarde se diluyó entre calles que parecían empujarlo en una sola dirección. Cuando quiso darse cuenta, subía por la ladera del Carmel con el cielo tiñéndose de cobre y las farolas empezando a encenderse una a una.

Dani llegó al parque diez minutos antes de las 18:00. No recordaba cómo había salido de la biblioteca ni qué había hecho después; solo que sus pasos lo habían llevado, casi en trance, al punto de encuentro. Anna ya estaba allí. Sentada en el banco de hierro oxidado, balanceaba un pie en el aire, como si el tiempo le perteneciera. A su lado, una figura inmóvil: piernas cruzadas, espalda recta, mirada clavada en el vacío. Vestía de negro, con una chaqueta de cuero envejecida que permitía ver parcialmente una camiseta de Joy División. El pelo oscuro caía como una cortina sobre un rostro de facciones tensas, inexpresivo, como una estatua de hielo.

—Llegas tarde —dijo Anna sin mirarlo, con una media sonrisa.

—Estoy... diez minutos antes de lo previsto —murmuró Dani.

—Ante un ataque nuclear, un minuto puede decidir tu vida.

Gemma giró el rostro hacia él con una lentitud estudiada. Sus ojos, de un gris verdoso casi mineral, lo escanearon con una mezcla de sospecha y aburrimiento.

—¿Este es el tío? —preguntó, sin disimular el tono desdeñoso.

—Sí. Dani. El del like —respondió Anna, ahora con un aire de complicidad burlona.

Gemma asintió apenas. Luego volvió la vista hacia una pila de piedras, como si la conversación no mereciera su atención. El silencio que siguió no era incómodo: era deliberado. Gemma jugaba con el vacío como si fuera un recurso narrativo más.

Dani permaneció de pie, indeciso. No sabía si sentarse, saludar de nuevo o simplemente desaparecer.

—¿Y? ¿Nos vas a contar qué más viste o te lo guardas para tu biografía póstuma? —soltó Anna, cortando la tensión con la franqueza habitual.

Gemma no reaccionó. Pero en su mandíbula apareció un leve tic, como si ya estuviera clasificando a Dani en alguna de sus muchas categorías mentales.

Dani tragó saliva. Y se sentó.

El banco del parque crujió bajo el peso de los tres. Gemma encendió otro cigarrillo; el humo dibujó espirales en el aire quieto del atardecer. Dani pasó los dedos por el borde desgastado de su cámara, esperando que alguien rompiera el silencio.

—¿Sabes por qué desaparecieron los obreros del Park Güell en el 23? —Anna rompió el hielo, sacando su cuaderno negro. Lo abrió por una página donde un recorte de periódico amarillento mostraba un titular: «Tragedia en las obras: tres obreros desaparecidos».

Dani se inclinó hacia adelante.

—¿Los encontraron?

—Sí —respondió Gemma, sorbiendo su café frío de un termo de Hello Kitty zombie—. Una semana después, en el depósito de aguas del Tibidabo. Ciegos.

—¿Ciegos?

—Los informes médicos decían «trauma corneal severo» —Anna pasó un dedo sobre la foto de los hombres, cuyos ojos aparecían cubiertos por vendas—. Como si hubieran mirado algo que no debían.

Gemma lanzó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con fuerza.

—Mi tío era arquitecto técnico. En los 90, encontraron más símbolos como estos —señaló las runas del cuaderno— en los túneles bajo Plaza Catalunya. Taparon todo con cemento.

Dani entrecerró los ojos al observar los símbolos. Había algo en esos trazos, una incomodidad antigua, un picor en la memoria. Pero Anna ya hablaba de otra cosa, y el pensamiento se desvaneció, como tantas veces antes.

Anna cerró el cuaderno con un golpe seco.

—En 1901, cuando inauguraron el parque de atracciones, el periódico *La Vanguardia* publicó doce artículos seguidos llamándolo «la joya moderna de Barcelona». Pero... —pasó una página amarillenta— en el mismo periodo, el obituario municipal registró siete muertes «accidentales» de trabajadores en la montaña.

Gemma lanzó una carcajada áspera mientras encendía otro cigarrillo.

—Mi bisabuelo fue uno de los ingenieros. La familia todavía guarda su diario donde describía «las sombras que se movían entre los cables». Y a mi abuela la llevaron allí de pequeña. Decía que en la casa del espejo se veían caras que no eran reflejos.

—Yo tengo fotos —intervino Dani, abriendo su mochila con manos temblorosas—. De la ermita. Hay... figuras.

Dani notó cómo sus dedos temblaban al recorrer nerviosamente su book de fotos.

—Esto lo tomé el mes pasado. —Mostró una imagen del mirador donde tres figuras difusas parecían asomarse al vacío donde no había plataforma.

Las imágenes pasaron de mano en mano. En una, una sombra alargada se curvaba contra las leyes de la perspectiva. En otra, tres manchas oscuras formaban un triángulo perfecto junto al altar.

Gemma las estudió con ojos de halcón.

—No son defectos. Las distorsiones son demasiado precisas.

—¿Sabías que cada 12 de febrero, día de Santa Eulalia, cierran el parque por «mantenimiento»? —Anna señaló un calendario antiguo en su

cuaderno marcado con cruces rojas—. Coincide exactamente con los picos de actividad sísmica en Collserola desde 1924.

—¿Actividad sísmica? ¿En Barcelona? —balbuceó Dani, incrédulo.

—Mínima, pero no insignificante. Y lo más importante: documentada —aclaró Gemma.

Gemma se inclinó hacia adelante, un pequeño rollo de cobre a modo de pulsera cutre rozaba las fotos.

—En el archivo municipal hay un expediente sobre el «Incidente del 59». Un grupo de estudiantes de ingeniería desapareció haciendo mediciones en los túneles de suministro. Los encontraron tres días después en la cripta de la ermita, hablando en latín —murmuró—. Pero ninguno estudiaba clásicas.

—¿Y qué decían?

—Solo repitieron esto tres días: *Tibi dabo... tibi dabo...*

El silencio que siguió fue tan espeso que hasta Gemma apretó su pulsera.

Dani clavó las uñas en su cuaderno, la voz cargada de urgencia:

—¿Nunca os habéis preguntado por qué la iglesia bautizó un sitio sagrado con las palabras de Satanás?

Gemma giró lentamente la cabeza hacia él. Sus ojos grises brillaron con una luz fría, como si acabaran de activar un interruptor en su mente.

—*Hace omnia tibi dabo si cadens adoraveris me* —recitó con una pronunciación impecable—. «Todo esto te daré si te postras y me adoras».

Anna contuvo la respiración. Dani parpadeó, entre fascinado y sorprendido ante Gemma.

—Es la tentación de Cristo en el desierto —continuó Gemma, apretando su pulsera de cuero—. Pero en el siglo XIX, usaron ese mismo lema para justificar la ermita. Irónico, ¿no?

El silencio se espesó. Hasta el viento pareció aquietarse.

—Ex... exacto —logró articular Dani.

—Y luego... —prosiguió Gemma, mirando a Anna con sorna— llegó Don Bosco a construir su templo sobre la broma macabra.

Anna sostuvo su mirada.

—No fue una broma. Él creyó oír «Tibi dabo» en el tren. Como si la montaña lo llamara.

—¿Y si no era Dios quien hablaba? —preguntó Dani.

Gemma se encogió de hombros, aunque su mandíbula delataba tensión.

—Hay dos tipos de personas: las que rezan y las que leen lo que hay bajo los rezos.

Anna aprovechó la pausa para desplegar el plano con manos temblorosas.

—El acceso está aquí. Pero necesitamos a alguien con experiencia en túneles.

El documento mostraba los túneles de mantenimiento, con una ruta marcada en rojo que terminaba en una cámara circular sin explicación. Justo bajo el parque de atracciones.

Dani se tocó el antebrazo, donde una cicatriz blanquecina serpenteaba bajo la manga.

—Antes escalaba. Hasta que... —su mirada se perdió en la montaña—. Vendí el equipo, pero aún sé cómo moverme... y tengo un colega...

—Explorar túneles no es como escalar en un rocódromo —Gemma dejó escapar una nube de humo que dibujó espirales en el aire—. Sin normas, sin cuerdas de seguridad...

—Mi madre creía que la escalada me «disciplinaría» —Dani se subió la manga, revelando una cicatriz en forma de relámpago—. Lo que no sabía es que Pau, mi compañero de cordada, me arrastraba después a explorar sitios... menos regulados.

Anna arqueó una ceja.

—¿Y qué tiene que ver ese *Pau* con lo que necesitamos?

—Consigue equipo —Dani señaló el plano—. Cuerdas, cascos, linternas de espeleología. Todo lo que vendió mi madre después del accidente.

Gemma cruzó los brazos, escéptica.

—¿Por qué confiaríamos en un crío que juega a ser explorador?

—Porque es un obseso de los mapas —Dani sacó un papel doblado de su mochila, mostrando símbolos similares a los del cuaderno de Anna—. Hace años encontramos esto en un túnel abandonado. Él lo guardó.

Anna estudió los símbolos, intrigada.

—¿Y por qué volvería a ayudarte?

—Porque en aquel túnel... —Dani tragó saliva—. Algo salió mal. Y ahora quiere demostrar que no fue su culpa.

* * *

Los pies de Dani se deslizaban torpes entre raíces y hojarasca, abriéndose paso a ciegas por la penumbra del bosque. Tropezaba más con sus nervios que con el terreno, pero seguía adelante, apretando el móvil en la mano como si fuera una bengala.

La imagen de los símbolos grabados en piedra le hervía en la cabeza. Quería correr, gritar, arrancarse la ansiedad de los dedos. El aire pesaba distinto ahora. Como si todo, incluso su respiración, estuviera marcado por una cuenta atrás invisible.

No pensó. Ni siquiera miró si tenía batería. Sacó el móvil, marcó el número. Aquel número que no había tocado en tres años. Lo sabía de memoria, como se recuerda el camino a casa desde una infancia que se quiere olvidar.

La llamada tardó más de lo que debía. O quizá fue su ansiedad alargándole el tiempo. Pero al fin, una voz al otro lado.

Dani

—Pau... soy yo.

Silencio. Solo la estática, como si la línea estuviera a punto de romperse.

Pau

—¿Y? ¿Quieres que me alegre de oírte?

Dani

—No. Bueno, sí. Pero... necesito ayuda.

Un golpe metálico al otro lado, como si Pau hubiera dejado caer una llave.

Pau

—¿Ahora necesitas ayuda? ¿Y los tres años sin una puta llamada?

Dani

—Lo siento. Lo de... lo del túnel...

Pau

—¿Lo sientes? —una risa seca—. Tú te fuiste. Vendiste el equipo, me borraste. Y ahora vuelves porque *te conviene*.

Dani

—No es por mí. Hay algo... como lo que vimos aquella vez. Peor.

Un suspiro largo. El chirrido de una persiana al cerrarse.

Pau

—¿Dónde?

Dani

—Horta. Carmel. En muchas partes. Hay túneles, símbolos... como los del mapa que guardaste.

Pau

—¿Símbolos? ¿Los del mapa? —pausa breve—. ¿Has visto más?

Dani

—En todas partes. Igual que los tuyos. Pero hay más... como una red. Están sellando algo.

Pau

—Mierda... —pausa seca—. ¿Has averiguado algo sobre los símbolos?

Dani

—Nada. ¿Tú?

Pau

—Se los pasé a un profe friki una vez. Le flipaban esas mierdas.

Dani

—¿Y qué te dijo?

Pau

—Ni idea. No paraba de preguntarme de dónde los saqué y me estaba rayando, así que lo bloqueé.

Dani

—Pues son reales. Están por todas partes. Quizá él pueda ayudarnos a saber qué significan.

Pau

—Con “todas partes” te refieres a tu puto Tibidabo, ¿no? Veo que sigues con esa obsesión... En fin, ¿tienes las coordenadas?

Dani

—No exactamente. Solo algunas marcas en un viejo plano. Pero necesito el equipo. Y... que alguien sepa dónde estamos si esto sale mal.

Pau

—Esta vez, si voy... —pausa, como si luchara contra sus propias palabras— es bajo mis condiciones. Y si vuelves a rajarte, te dejo allí enterrado.

Dani

—...Vale.

Pau

—Lo pensaré y te diré algo. Hasta entonces, no me toques los huevos.

* * *

El móvil de Dani ardía en su bolsillo desde el amanecer. Cada vibración era un latigazo. Anna le había enviado cuatro mensajes antes de media mañana:

«¿Y?»

«¿Tu amigo responde?»

«No tenemos todo el puto año»

«Dani. Contesta.»

Pero Pau no volvió a dar señales. Dani pasó la noche recorriendo el perfil de Exploradores Urbanos BCN, buscando pistas entre fotos de alcantarillas y túneles oxidados. A las 3:17 a.m., encontró una publicación de Pau de hace dos años: una mano enguantada señalando un símbolo grabado en una pared subterránea. El mismo que ahora infestaba el cuaderno de Anna. Le dio like sin pensar. Pau lo eliminó al minuto.

Al día siguiente, Anna apareció en el parque del Carmel al atardecer, con el cuaderno negro abierto en una página llena de cruces rojas.

—Si tu amigo no aparece —dijo, arrancando una hoja y dejándola volar hacia el barranco—, buscaremos a otro.

La hoja giró en el aire antes de quedar atrapada en las zarzas, como una mano pidiendo auxilio. Esa noche, Dani soñó con Pau colgado de un

arnés roto, sus ojos vacíos mientras la cuerda se deshilachaba. En el sueño, las paredes del túnel se cerraban a su alrededor, y Pau gritaba una frase que el eco convertía en jirones:

—No debiste volver... ahora saben dónde estás.

Al despuntar la tercera mañana, Dani encontró su propia mano aferrada a la cicatriz del antebrazo, como si intentara arrancársela.

Pau (07:48):

Estació de França. saltando la valla, ya sabes por donde a las. 21:00. Ven solo.

Dani leyó el mensaje bajo la luz mortecina del baño del instituto. «Ven solo». Las palabras le recordaron su última salida al túnel: Pau adelante, él siguiendo, ambos sabiendo que era un error. Anna le había enviado 23 mensajes en tres días. Este, de Pau, era el único que importaba.

* * *

La Estació de França se alzaba como un gigante dormido bajo la luna, su marquesina de hierro forjado devorada por la oxidación y el abandono. Dani esquivó el haz de una farola moribunda y se coló por el hueco de la valla, justo donde el panel metálico se retorció como un labio herido. Al otro lado, las vías muertas se extendían como cicatrices olvidadas: raíles sepultados bajo cardos y hierbajos, durmientes podridos, y un vagón de mercancías abandonado cuyo rojo original había mutado a un marrón enfermizo.

El aire olía a óxido y salitre, mezclado con el rancio de los grafitis que cubrían los muros. «ADIF 2007», rezaba un cartel desprendido junto a un montón de traviesas apiladas. Dani avanzó pisando cristales rotos, cada crujido amplificado por el eco lejano de un tren en vías activas. A lo lejos, una gaviota graznó, rasgando el silencio.

Pau estaba sentado en el estribo del vagón, la silueta recortada contra un mural de spray donde alguien había pintado un ojo triangular rodeado de símbolos inconexos. Al ver a Dani, levantó una linterna y

apuntó a sus pies, iluminando un charco de agua sucia donde flotaba una lata de cerveza.

—Bonito lugar para una reunión —murmuró Dani, evitando una mancha de aceite que brillaba como piel de serpiente.

—A ti te encantan los sitios que dan mal rollo —respondió Pau, clavando la mirada en una grieta del vagón—. Igual que ellos.

Dani siguió su vista hacia la pared oxidada. Entre grafitis de tags y corazones rajados, alguien había pintado símbolos angulares, similares a los del cuaderno de Anna, pero deformados, como copias hechas por alguien que solo recordaba migajas.

—¿Ellos? —preguntó Dani, aunque intuía la respuesta.

Pau se llevó la mano a la cicatriz de la ceja, frotándola con furia.
—Después de lo del túnel... después de que te fueras... volví. Solo.

El viento silbó entre los raíles, arrastrando un papel con coordenadas escritas que quedó atrapado en un cardo. Dani no dijo nada. Sabía que interrumpir era romper el hilo.

—Había un símbolo —continuó Pau, la voz quebrada—. Completo. En la pared. No como estas mierdas —señaló los grafitis con desprecio—. Brillaba. Como si lo hubieran tallado con luz. Agarré la cámara, pero... —una risa amarga—. En las fotos solo salía piedra. Nada.

Dani se acercó, pisando un durmiente podrido.
—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿Para qué? ¿Para que me llamaras loco como hizo el friki de Héctor?
—Pau golpeó el vagón con el puño, haciendo eco en el túnel—. Cuando le conté lo de la foto vacía, me preguntó si me había metido un viaje de ácido. Pero luego vio los símbolos normales... los que sí se pueden copiar. Ahí sí que se le pusieron los ojos como platos. Dijo que eran iguales a un manuscrito viejo que estudia.

Dani observó los símbolos pintados. Eran caóticos, pero reconocibles: triángulos invertidos, espirales truncadas.

—¿Y por qué traerlo entonces?

—Porque aunque sea un gilipollas, es el único que no se ha vuelto tarumbo estudiando esto —Pau sacó del bolsillo una foto arrugada: un símbolo incompleto capturado en una alcantarilla—. Los que sí se ven... los rotos... son pistas. Y el manuscrito ese tiene miles.

Una rata corrió junto a los raíles, rompiendo la tensión. Pau se estremeció, como si hubiera visto algo más en las sombras.

—El símbolo real... el que no pude fotografiar... —susurró, casi para sí mismo—. No se borró. Se quedó aquí —se tocó la sien—. Y ellos lo saben. Por eso no quiero al Héctor este husmeando.

Dani se inclinó hacia adelante, decidido.

—Necesitamos entenderlo. Y si Héctor ayuda, aunque sea un poco...

—¡No lo entiendes! —rugió Pau, agarrando a Dani por la camisa—. Cuanto más buscas, más te persiguen. ¿Sabes lo que es despertarte y ver ese símbolo ardiendo en la pared de tu cuarto? ¿Y que desaparezca cuando enciendes la luz?

El aliento de Pau olía a café rancio y miedo. Dani no se apartó.

—Por eso estamos aquí. Para que deje de pasarte.

Pau lo soltó, tambaleándose. Durante un segundo, pareció el chico de quince años que escalaba riscos riendo.

—Quedamos mañana. En el túnel de la Foixarda. Pero si Héctor me mira como un bicho raro, le parto la nariz.

* * *

La noche arrastró un silencio espeso, y el amanecer llegó con un cielo plomizo sobre Montjuïc. Dani bajó por la avenida del estadio siguiendo el eco de pasos conocidos, hasta que la roca abierta de la Foixarda apareció ante él como una vieja cicatriz. Allí, entre agarres desgastados

y marcas de tiza, él y Pau habían pasado tardes enteras entrenando escalada, con las manos entumecidas y la ropa cubierta de polvo blanco.

Ahora, el aire olía a tierra húmeda y musgo agrietado. Anna y Gemma examinaban los grafitis que cubrían las paredes de piedra, ahora decoradas con rutas borrosas y flechas pintadas que señalaban bloques imposibles, mientras Dani trazaba círculos en el suelo con un palo.

—¿Y si no viene? —preguntó Anna, lanzando una piedra contra un bloque marcado con tiza.

—Vendrá —dijo Dani, sin levantar la vista.

Los pasos resonaron antes de que Pau apareciera en la boca del túnel, la silueta recortada contra el amanecer naranja de Montjuïc. Llevaba una mochila militar desgastada y una sudadera con capucha que le tapaba la cicatriz de la ceja.

—No llegáis tarde si nunca se fija hora —masculló Anna, levantándose con estudiada lentitud.

Dani hizo las presentaciones con un gesto torpe:

—Pau, ellas son Anna y Gemma. Anna es... la de los mapas. Gemma, la que sabe de... —vaciló.

—De todo lo que tú no —cortó Gemma, cruzando los brazos.

Pau ignoró su mano extendida y se apoyó contra la pared, señalando la salida del túnel:

—Héctor viene. Quiere ver los símbolos.

Anna tensó los hombros.

—¿El experto en jeroglíficos? ¿Y confías en él?

—Confío en que es un pedante —espetó Pau—. Pero sabe más que nosotros.

Gemma se ajustó el anillo de calavera que llevaba en el pulgar.

—¿Más que yo? Dudo que su sabelotodismo sobreviva a un par de preguntas.

—¿Qué preguntas? ¿Cómo se dice ridículo en latín? —bromeó Anna, acercándose a Pau con una sonrisa que no llegaba a los ojos—. Oye, tú...

¿qué te pasó aquí? —quiso tocarle la cicatriz, pero Pau se apartó como si hubiera visto una serpiente.

—Un accidente. De esos que dejan marca.

El sonido de pasos resonó de nuevo. Héctor entró con una carpeta de cuero bajo el brazo, sus zapatos Oxford crujiendo sobre la grava. Llevaba corbata, un detalle absurdo entre tanta roca y moho.

—Jóvenes advenedizos —saludó, ajustándose las gafas—. Lamento el desaguinado, pero el transporte público en esta ciudad es una odisea dantesca.

Anna levantó una ceja.

—¿Guisado?

—Un contratiempo —tradujo Gemma, sin disimular el fastidio—. Y lo de odisea sobraba.

Héctor posó la carpeta sobre una roca plana, desplegando fotos de símbolos y anotaciones en griego marginal.

—Según vuestro compañero —miró a Pau con desdén—, habéis hallado vestigia de un sistema semiótico afín al manuscrito Voynich.

Gemma se inclinó sobre las fotos.

—Ahh... sí, el Manuscrito de Voynich. Nadie ha podido traducirlo hasta la fecha —espetó Gemma, rebosando desidia.

—Símbolos con estructura lingüística —aclaró Héctor, ajustándose las gafas—. El Voynich es un rompecabezas del siglo XV, y esto... —señaló una foto de los túneles del Tibidabo— podría ser una pieza perdida.

Anna cruzó los brazos.

—¿Y eso qué importa?

—Importa —Héctor alzó la voz, entusiasta— porque si estos símbolos son coetáneos al manuscrito, podríamos descifrar ambos. ...bueno, Yo podría descifrarlos.

Pau se apoyó contra la pared, frotando la cicatriz de su ceja.

—Pero no son iguales. Los del manuscrito están... rotos. Como los de las fotos.

—¡Exacto! —Héctor señaló a Pau como si fuera un alumno aplicado—. De acuerdo a mis estudios, el Voynich contiene fragmentos de un sistema mayor. Si hallamos aquí símbolos nuevos, aunque sean parciales...

—¿Te harán famoso? —interrumpió Gemma, mordiendo la última palabra.

—Harán avanzar la ciencia —respondió Héctor, ignorando su tono—. Y quizás descubramos qué cultura los creó.

Dani observó a Pau. Su amigo clavaba las uñas en la palma de la mano, como si intentara arañar un recuerdo.

—¿Y si no fueron humanos? —murmuró Dani, sin pensar.

Héctor soltó una risotada.

—¡Por favor! Todo símbolo es producto de una mente humana. Lo demás son patrañas para turistas y conspiranoicos!

Pau se irguió de golpe.

—Yo vi uno que... —Pau bajó la voz, como si el recuerdo aún le quemara por dentro—. Que no estaba en el manuscrito.

El túnel se llenó de silencio. Anna y Gemma intercambiaron una mirada. Héctor ajustó su corbata, incómodo.

—En primera instancia, ni tan solo perdería tiempo en dudar que conozcas la totalidad de los símbolos representados en el manuscrito. Y en segundo lugar: dónde está ese símbolo especial? ¿En una bolsita de maría dentro de tu mugrosa mochila?

Gemma intervino antes de que Pau saltara:

—¿Siempre proyectas tu inseguridad con tecnicismos y desprecio clasista, no? Lo que haya, o no, en la mochila de Pau es su problema. Al menos él no necesita que su madre le planche las camisas.

El silencio vibró unos segundos.

Anna, incómoda, se aclaró la garganta e intentó reconducir el tema:

—¿Qué les llevó a esconderlos? ¿Y por qué algunos se repiten?

Héctor abrió su cuaderno, mostrando páginas llenas de símbolos del Voynich.

—Porque son un código. Y los códigos, querida nihilista, se rompen con paciencia y sabiduría... no con teorías de redes subterráneas.

Anna arrojó una piedra al fondo del túnel. El eco sonó a carcajada.

—O con paciencia... o con un lanzallamas.

Pau se apartó del grupo, mirando una grieta en la roca donde el musgo formaba espirales imperfectas. Dani se acercó.

—Él no entenderá jamás lo que viste —susurró.

—Quiero llevar a este gilipollas ahí —Pau señaló la foto del Tibidabo—. Que vea lo que yo vi, quiero ver como se caga encima.

El eco de la frase se disolvió en el túnel como humo denso, y por un momento nadie dijo nada.

Héctor apretó su carpeta contra el pecho como si necesitara un escudo, y Gemma, sin apartar la mirada de los símbolos, murmuró:

—Pues más vale que no huela a miedo. Lo que hay ahí... lo huele todo.

Anna, en cambio, clavó sus ojos en Dani.

—Mañana tienes terapia, ¿verdad?

Él asintió con desgana.

—Perfecto —añadió con media sonrisa—. Podríamos aprovechar para sincronizar versiones. O... para espiar un poco.

Dani tragó saliva. No supo si le preocupaba más la cita con Miranda o la idea de espiar junto a Anna. Ambas cosas le ponían el corazón en la garganta.

La conversación se diluyó entre planes y advertencias susurradas. Pronto, cada uno tomó un camino distinto. Pero la imagen del Tibidabo en esa foto, con sus líneas distorsionadas y su sombra imposible, quedó flotando en la mente de todos.

Al día siguiente, Anna salió de la consulta con paso firme, los auriculares colgando del cuello y la mochila a medio cerrar. Su madre, esperándola junto a la barandilla, levantó la vista del móvil.

—¿Vamos? Si salimos ya, evitamos el atasco de Gran de Gràcia.

—Ve tú —respondió Anna, sin frenar el paso—. Quiero pasar por el Bershka.

—¿Otra camiseta negra?

—Tal vez algo gris. Algo más... nuclear.

Su madre la miró con escepticismo, calibrando si valía la pena discutir. Luego resopló y se marchó escaleras abajo.

Anna se quedó allí, fingiendo rebuscar algo en la mochila. Un minuto después, Dani apareció al final del pasillo, acompañado de su madre. Marta gesticulaba con el móvil en la mano, claramente molesta por una notificación o un mensaje sin contestar.

—Cinco minutos —le dijo a Dani, entregándole el móvil sin mirarlo—. Tengo que ir a Correos antes que cierre, vuelvo enseguida. No hagas esperar a la doctora.

—. Si sales antes, espérame dentro, ¿vale? Nada de irte solo.

Dani asintió sin levantar la vista. Marta ya se alejaba, taconeando con determinación por la acera.

Apenas había dado dos pasos cuando una figura se deslizó fuera de una tienda de fotocopias cerrada, justo enfrente.

—¿Tu madre siempre se va corriendo como si fueras una bomba a punto de estallar?

Dani levantó la vista. Anna.

—¿Tú siempre acechas desde esquinas sombrías?

—Solo cuando tengo dudas —replicó ella, cruzando la calle sin perderlo de vista—. Y ahora mismo tengo muchas.

Dani giró la cabeza hacia la puerta del edificio. El portero eléctrico parecía mirarlo con impaciencia muda.

—Tengo consulta. ¿No era a las cuatro lo tuyo?

—Ya he salido. Le he dicho a mi madre que quería pasar por el Bershka, pero no tengo ninguna intención de hacerlo —se encogió de hombros—. Quería hablar contigo.

Dani tragó saliva.

—¿Sobre...?

—Héctor, y Pau. Pero sobre todo Héctor. No me gusta cómo aparece de la nada y pretende saberlo todo. No me fio. Y quiero saber si tú sí.

—No me fio —admitió Dani—. Pero sé que nos hace falta. Tiene conocimientos que podrían ayudarnos. Y Pau... bueno, Pau estuvo en todo esto desde el principio, aunque no lo entendiera.

Anna lo miró un segundo en silencio.

—Me cuesta confiar en la gente —confesó, bajando un poco la voz—. Pero si tú crees que hay que seguir, seguiré mirando.

—Vigila. Pero no te cierres —le dijo Dani, justo cuando se oyó un timbre metálico desde el vestíbulo.

La puerta se abrió y apareció la silueta de la Dra. Miranda, amable y ensayada.

—Dani, adelante.

Él intercambió una última mirada con Anna. Ella asintió y se alejó por la acera como si no hubiera pasado nada. Pero cuando él cruzó la puerta, aún sentía el peso de su mirada clavada en la nuca.

Dani se hundió en el sillón con una mezcla de tensión e incomodidad. La Dra. Miranda se sentó frente a él, sin prisas, y anotó algo breve en su libreta antes de levantar la vista.

—He visto que os habéis cruzado en la entrada —comentó, sin rastro de juicio en la voz—. ¿Ha sido la primera vez que os encontráis fuera de la consulta?

Dani dudó, moviendo un pie bajo la silla.

—Sí... Bueno, casi. Nos hemos escrito. Un poco.

—¿Y?

Se encogió de hombros.

—No sé... raro. Me habló como si ya me conociera. Como si no le costara.

—¿Y a ti?

—A mí siempre me cuesta. —Miró un instante hacia la ventana—. Pero no fue incómodo. Es... diferente.

Miranda dejó que el silencio llenara el espacio entre ellos antes de asentir.

—¿Diferente puede ser bueno?

—Sí. O peligroso.

Ella esbozó apenas una sonrisa, como si midiera la fuerza de la respuesta.

—A veces, lo más terapéutico es también lo que más nos incomoda. Y entonces anotó algo más.

—¿Cómo te ha ido esta semana?

Dani evitó el contacto visual; se frotó la cicatriz del antebrazo sin darse cuenta. Su voz salió más baja de lo habitual.

—Volví a ver a Pau.

La Dra. Miranda apenas parpadeó, pero en el leve enderezarse de su postura había un matiz de atención renovada. Sus dedos se detuvieron un instante sobre la libreta antes de que retomara la escritura, como si registrara un avance sin querer subrayarlo demasiado.

—¿El amigo del que me hablaste alguna vez? ¿El de la escalada?

Dani asintió.

—No hablábamos desde hace años. Me costó... volver a llamarlo.

—¿Por qué?

—Porque fui yo quien se alejó. —Se inclinó hacia adelante, clavando la vista en el suelo—. Lo dejé tirado. Vendí todo el equipo, ni siquiera le di una explicación. Y ahora... necesitaba su ayuda.

La Dra. Mirandaladeó ligeramente la cabeza, observándolo como quien calibra la profundidad de una grieta en una pared.

—¿Y él qué te dijo?

—Que lo dejé tirado. Que solo lo busco cuando me conviene. —Hizo una pausa breve—. Y tiene razón.

—¿Y por qué lo hiciste?

Dani tardó en responder; tragó saliva.

—Porque no podía más. Me agobiaba todo. Él quería seguir explorando, saltando, escalando, y yo... no. Sentía que me estaba rompiendo por dentro.

Miranda escribió una nota sin levantar la mirada.

—Y ahora has vuelto a él. ¿Por necesidad o por culpa?

—No lo sé. —Apretó las manos contra las rodillas—. Supongo que ambas cosas.

Silencio breve. Miranda lo sostuvo con la mirada un par de segundos antes de hablar, con voz templada.

—Dani, no todas las puertas que cerramos se pueden volver a abrir sin consecuencias. A veces, forzarlas solo nos lleva a lugares más frágiles.

Él frunció el ceño, sin saber si eso era un consejo o una advertencia.

—Pero... ya está hecho. Él aceptó. Irá con nosotros.

Miranda alzó levemente una ceja. Un gesto sutil, casi imperceptible, pero cargado de atención.

—¿“Nosotros”? —preguntó con tono neutro—. ¿Quiénes sois “vosotros”?

Dani titubeó. Miró un punto inexistente del suelo y se encogió de hombros.

—Unos amigos. Gente del insti. No es nada.

Miranda mantuvo el silencio unos segundos más, su bolígrafo suspendido en el aire.

—¿Y a dónde vais?

—A dar una vuelta. Fotos, ya sabes. Es solo una salida. Nada importante.

La Dra. asintió lentamente, como quien toma nota de algo sin escribirlo.

—Entiendo. Solo recuerda que, cuando uno arrastra lastres, lo que está delante puede volverse borroso.

Dani tragó saliva.

—¿Y qué debería hacer?

—No te distraigas. No pierdas de vista lo que realmente importa. Me hablaste de Anna. De cómo te sentiste al cruzártela, de lo mucho que querías conectar con alguien que también se sentía fuera de lugar. No lo arruines por perseguirlo que ya dejaste atrás.

El silencio se hizo más espeso, pero Dani asintió. No del todo convencido, pero sí herido por la lógica de aquellas palabras.

—Está bien.

Miranda cambió de postura con fluidez, como si diera por cerrado el tema.

—Bien. ¿Y qué más ha pasado esta semana? ¿Cómo has dormido?

La sesión continuó entre frases cortas y silencios largos. Miranda sabía exactamente cuánto espacio darle para que hablara... y cuánto para que se sintiera observado.

* * *

El cuarto de Gemma olía a incienso barato y esmalte de uñas. Las paredes, empapeladas con pósters de Bauhaus, recortes de crímenes no resueltos y mapas trazados a mano, parecían una cápsula fuera del tiempo.

Anna hojeaba un álbum familiar abierto sobre la cama mientras Gemma revolvía una vieja caja de madera bajo el escritorio.

—¿Este es tu bisabuelo? —preguntó Anna, señalando una foto en blanco y negro. El hombre, de gesto severo, llevaba un mono de trabajo y sujetaba una linterna oxidada frente a una puerta de piedra.

—Sí. Ingeniero de caminos, o eso decía. Pero en casa siempre hablaban en susurros cuando mencionaban su época en el Ayuntamiento.

Gemma extrajo un fajo de papeles envejecidos y se los mostró. Había planos, cartas a mano con membretes oficiales, y una foto pequeña: el mismo bisabuelo, en la entrada de un túnel con una cruz grabada en la roca.

Anna frunció el ceño.

—Ese símbolo... lo he visto antes. En los apuntes de Héctor.

Gemma guardó silencio. Luego se encogió de hombros y murmuró:

—A veces pienso que todo esto está demasiado cerca.

Mientras tanto, en el parque de calistenia de la Trinitat, el metal oxidado resonaba bajo el peso de un cuerpo en tensión. Pau colgaba de la barra de dominadas, como si el ejercicio pudiera exorcizar algo. Cada repetición no era más que una forma de borrar.

El hierro crujía bajo sus manos. El cielo, encapotado, parecía más bajo de lo habitual.

“Yo vi uno que no estaba en el manuscrito.”

Las palabras que había dicho el día anterior seguían resonando como un eco falso. Se balanceó una vez más, y al caer al suelo sintió que algo bajo sus zapatillas cedía. Tierra suelta. Arena seca.

El recuerdo llegó sin aviso.

—Pau... corre —la voz de Dani, años atrás, justo antes de que la linterna cayera y se apagara todo.

Se sacudió el sudor del rostro, molesto consigo mismo.

“No vuelvas a ese sitio”, se repetía.

Pero la foto seguía en su mochila. Y no la había quemado. Aún.

Al otro lado de la ciudad, Héctor luchaba con una mancha de barro en la pernera de sus pantalones. De pie frente al fregadero del baño, escarbaba con un cepillo de dientes viejo mientras su madre hablaba desde el pasillo.

—¿Dónde estuviste anoche?

Héctor no respondió de inmediato. La luz del espejo parpadeaba. Alzó la vista. Su reflejo lo observaba con más cansancio que miedo.

—Trabajo de campo —respondió, con voz seca.

—¿Trabajo? ¿A esas horas? ¿En el monte?

—Es semiótica aplicada. Fenómenos simbólicos en contextos urbanos marginales. Nada grave.

—Pues que esos fenómenos no te traigan otro resfriado —masculló su madre mientras se alejaba.

Héctor se encerró y se apoyó contra la puerta. Cerró los ojos.

Las cuevas. Siempre las cuevas. Tenía siete años cuando se quedó atrapado en una durante una excursión escolar. Nunca dijo nada. Pero desde entonces, evitaba los túneles como si tuvieran vida propia.

Aquel día había símbolos. Grabados. Y voces. No recordaba el contenido, pero sí el pánico seco. Ese que no necesita explicación.

Sacó su cuaderno del Voynich y pasó las páginas como si pudiera encontrar, entre líneas imposibles, la clave que lo exonerara de entrar de nuevo.

—Mientras no tenga que bajar a esas cuevas... —murmuró, cerrando el cuaderno—, seguiré respirando.

* * *

Nada más salir de la consulta, Dani voló a casa con la cabeza ardiendo. Una nueva idea —una de esas que se pegaban como lapa y no lo soltaban hasta completarse— lo había colonizado por completo. Apenas tiró la mochila al suelo, ya tenía desmontado el cuerpo de la Canon sobre su escritorio.

Sostenía el cúter como si fuera un bisturí, con los codos apoyados sobre una alfombrilla de neopreno para reducir cualquier temblor. El vídeo titulado “Remove IR Cut Filter – Canon CMOS Sensor Mod” parpadeaba en la pantalla de su portátil, ralentizado a 0.25x. A cada pausa, retrocedía cinco segundos. Tomaba aire. Paraba. Volvía a mirar. Y respiraba.

El proceso era quirúrgico: primero desmontar el cuerpo de la cámara, luego extraer con pinzas el sensor, y finalmente despegar con una

cuchilla de precisión la delgadísima lámina del filtro UV/IR. Cualquier error, un leve impulso mal calculado, podía convertir el sensor en un pisapapeles de 1200 euros.

Su pierna derecha botaba sola. Un tamborileo frenético contra el suelo de parqué que contrastaba con la lentitud casi zen de sus dedos. Se obligaba a frenar su mente, a no saltar al siguiente paso antes de tiempo. Había entrenado para esto, usando métodos propios: música blanca, respiración cuadrada, y micro-recompensas (en este caso, un solo dado de chocolate negro por cada fase completada).

Justo cuando estaba deslizando la cuchilla entre el borde del cristal y la base del sensor, el móvil vibró con una notificación de WhatsApp.

Anna Darke:
Telegram. Ya.

Dani frunció el ceño. Aún con la cuchilla suspendida en el aire, alargó el cuello y leyó el mensaje de nuevo, como si fuera parte de un enigma. Una vibración más. Esta vez, un enlace.

Anna Darke:
t.me/CapaZero
No pongas tu nombre real. Solo entra.

Aguantó el impulso de contestar con algo sarcástico. Depositó la cuchilla con precisión quirúrgica sobre una gamuza limpia y soltó el aire de los pulmones, casi sin darse cuenta de que lo retenía.

Encendió el móvil, instaló Telegram. “Nombre de usuario: DaniKZeta”. Sin foto de perfil.

Al instante, el nuevo grupo apareció:

CapaZero

“Porque toda verdad tiene un primer estrato que nadie quiere excavar”
—mensaje fijado por Anna.

El icono del grupo era una calavera de obsidiana sobre un fondo negro. A los pocos minutos, todos estaban dentro: Gemma, Dani, Pau y Héctor. El ambiente virtual fue tan denso como el real. Nadie saludó. Al rato, Anna lanzó la propuesta:

—Cueva del Carmel, sábado a las 09:00. Pau trae cuerdas. Dani, linternas. Héctor, tu cerebro.

El visto de Héctor tardó en llegar. Diecisiete minutos después, escribió:
—Antes de sumergirnos en el estómago de Collserola, sugeriría rastrear sus dientes. Barcelona está llena de signos, sólo hay que saber leer la fachada.

Pau reaccionó con un emoji de vómito.

Gemma, con uno de una daga.

Pero Dani intervino, curioso.

—¿Te refieres a símbolos? ¿De los que se repiten?

Héctor respondió con una imagen: el tímpano de una iglesia románica, lleno de figuras geométricas.

—Arquitectura como criptografía. Yo empiezo mañana en el Gòtic. Quien quiera, que venga.

Gemma, por pura soberbia, aceptó. Anna, por control. Pau, porque se aburría. Y Dani, porque era incapaz de quedarse fuera.

Dani volvió la vista al sensor. Ya sin filtro. Sonrió. Por fin podía mirar el mundo sin restricciones.

Quedaron en la salida del metro Jaume I. Allí comenzó la deriva sin destino claro, entre callejones con nombres borrados por el tiempo y placas que aún hablaban en latín oxidado. No buscaban nada concreto, pero Gemma mencionó en voz alta que Santa Eulàlia había sido martirizada "por esta zona".

—La bajaron desnuda desde el carrer de la Palla hasta la catedral —dijo, como si hablara del clima.

—Y luego la metieron en un tonel con cristales —añadió Anna, con una extraña mezcla de fascinación y asco.

—La lanzaron calle abajo como si fuera un barril de vino —remató Gemma.

Héctor carraspeó.

—No eran vidrios, como dice la versión turística —aclaró Héctor, arqueando una ceja—. Eran clavos. Oxidados. Probablemente sueltos o clavados en un tonel rudimentario, algo más cercano a una trampa improvisada que a una ejecución formal. Muy romano todo, si consideramos su obsesión con la ejemplaridad del dolor.

—Oh, perdón, profesor Voynich —espetó Anna—. Qué sería de nuestras fantasías gore sin tu bisturí filológico.

Gemma torció el gesto, como si Héctor acabara de soltar una obviedad disfrazada de sabiduría.

—Si hablamos de crueldad histórica, los romanos eran poetas comparados con los asirios. Esos sí que sabían dejar huella: empalamientos públicos, desollamientos en plazas y murales celebrándolo. Lo del barril con clavos es casi romántico al lado de eso. Héctor entrecerró los ojos, como si evaluara el golpe. No replicó.

Tras unas horas de deambular sin rumbo claro, más por inercia que por convicción, entre placas conmemorativas y callejones demasiado turísticos, se rindieron.

El calor empedrado del Barri Gòtic comenzaba a agotar incluso a Gemma. Fue Dani, deteniéndose frente a la plaça Sant Felip Neri, quien rompió el ritmo.

—¿Podemos sentarnos un momento? El sol me está friendo el córtex.

El aire denso olía a piedra caliente y a tiempo detenido. Pau se estiró en el borde de la fuente, con los ojos cerrados. Gemma encendió un cigarro, exhalando el humo en dirección al sol que bajaba entre los edificios estrechos de la plaza.

Dani, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, enfocaba distraídamente con su cámara modificada. Aún dudaba de si el sensor IR que había intervenido funcionaba como debía, pero los resultados lo fascinaban. Cada superficie parecía contar una historia distinta bajo ese espectro. Apuntó hacia la fachada del Museu del Calçat, donde una hornacina de piedra remataba el relieve del gremio de zapateros.

El león alado de San Marcos, representado con el cuerpo tenso y la melena afilada, sostenía bajo sus garras un pergamino esculpido en piedra. Dani había visto ese emblema antes, pero nunca así. A través del visor UV, sobre la superficie aparentemente lisa del pergamino emergían líneas, glifos finos como heridas secas, con curvas imposibles y estructuras angulosas. Amplió la imagen.

Volvió a mirar. Amplió más. Cogió frenéticamente su móvil, intentando fotografiar lo mismo con la cámara frontal. Nada. Solo piedra. Probó con la trasera. Tampoco. Comparó pantallas, jadeando con la boca entreabierta. Algo invisible a simple vista estaba ahí, claramente inscrito. Volvió al visor. La imagen no cambiaba.

Gemma lo observó desde el banco, con una ceja levantada.

—¿Qué te pasa?

—Mira esto —dijo Dani, señalando la pantalla sin apartar los ojos.

Ella se acercó con paso lento, arrastrando la ceniza del cigarro.

—Es el león del gremio, ¿y qué?

—No en esto —replicó Dani—. Mira lo que aparece en el pergamino.

Él pulsó el botón de zoom. La imagen se centró en el papiro de piedra: los glifos brillaban con una tenue iridiscencia violeta bajo el filtro UV.

Gemma ladeó la cabeza.

—Hostia... eso no está en la piedra real.

—No. Ya lo intenté —dijo, mostrando la imagen capturada con el móvil—. Aquí no sale nada. Pero con la reflex sí.

Anna y Pau se acercaron. Anna alzó el móvil para mirar la fachada, como si esperara que su cámara también revelara algo oculto. Nada.

—¿Tú entiendes lo que es esto? —preguntó Gemma.

—No —respondió Dani, todavía hipnotizado—. Pero no puede ser casual.

Héctor se había mantenido al margen, hojeando unas notas, pero el tono de los demás lo sacó de su ensimismamiento. Caminó hacia ellos con gesto inquisitivo.

—¿Problemas con la óptica?

—No, justo lo contrario —dijo Dani, girando la pantalla hacia él.

Héctor se inclinó para observar.

—¿Eso es... el león de San Marcos?

—Sí. Pero mira el papiro.

Héctor ajustó las gafas. Su expresión pasó de la indiferencia al asombro medido.

—¿Qué cámara usas?

—Reflex modificada. Eliminé el filtro UV del sensor.

—Con razón... —murmuró Héctor, ampliando la imagen aún más—. Esto no es grabado común. Diría que fueron pintados con un compuesto orgánico fotosensible, probablemente mezclado con algún fijador calizo.

—¿Reconoces los símbolos? —preguntó Gemma.

—No son ornamentales. Hay ritmo, repeticiones, estructuras bifurcadas. Algunas formas recuerdan a líneas del Voynich, pero... son más limpias. Más ordenadas.

Anna alzó su móvil y comenzó a buscar.

—Este museo lleva años cerrado. No hay visitas ni guardias. Está catalogado, pero abandonado.

—¿Entonces nadie lo vigila? —preguntó Pau.

—Parece que no.

—Pues deberíamos entrar —sentenció Anna.

Héctor frunció el ceño.

—¿Y entrar a un edificio patrimonial cerrado te parece una buena idea?

—A mí sí —respondió Gemma con una sonrisa torcida.

—Hay límites —replicó Héctor—. Es ilegal.

—Según la definición estricta —dijo Anna—, es exploración. Solo mirar.

—Según el código penal —respondió Héctor, ya con el ceño fruncido—, eso es allanamiento.

—Según el espíritu de la curiosidad —lo cortó Gemma—, eso es hacer historia.

—No es curiosidad, es temeridad. Soy profesor, no un vándalo de mala muerte.

—Un profesor con ínfulas de arqueólogo mal pagado —remató Gemma.

—Podríamos volver de noche —intervino Dani, conciliador—. No para entrar. Solo para ver si hay algo más en la fachada. Quizá con otra luz...

Pau alzó la vista hacia el edificio y luego sacó el móvil. Con los dedos en movimiento ágil, amplió una imagen en Google Maps y comparó la vista satelital con la posición real del patio trasero. Sus ojos recorrían líneas de sombra, accesos ocultos, puntos ciegos.

—Dejadme un par de horas. Si hay una forma de entrar, os aviso por Telegram.

Unas horas después, Gemma sostenía el pincel como si afilara un arma. Frente al espejo de su habitación, repasaba con precisión quirúrgica la raíz del mechón que ese día había decidido teñir de verde petróleo. Un bote de tinte abierto reposaba sobre una pila de libros de filosofía política, y junto al lavabo, una camiseta de Bauhaus colgaba cuidadosamente doblada, esperando ser parte de su atuendo “espontáneo”.

En la repisa, una vela sin encender, un cuchillo de esqueleto de colección, y un cuaderno con esquinas dobladas. Todo tenía un lugar. Todo era parte del personaje. La rebeldía había dejado de ser impulso; era cálculo, forma, contenido y estrategia.

Gemma no buscaba encajar. Pero tampoco quería desaparecer. Era un equilibrio precario entre destacar sin volverse caricatura. Cada sombra de ojos, cada respuesta ácida, cada silencio elocuente: todo estaba orquestado.

Cuando el teléfono vibró, no se sobresaltó. Tomó el móvil sin apartar la vista del espejo y leyó el mensaje de Pau. Sus ojos se iluminaron.

Pau: Confirmado. El edificio fue trasladado piedra a piedra desde su ubicación original en el siglo XX. Lo que importa no es el edificio, sino lo que hay debajo.

Pau: He cruzado planos antiguos del alcantarillado con la topografía actual. Hay una boca de inspección a unos 30 metros de la fachada trasera.

Podríamos acceder sin forzar nada. Es legal... técnicamente.

Pau: Esta noche. Traed luz. Y silencio.

Subterráneos, planos perdidos, y una boca de acceso detrás de un quiosco.
Perfecto.

Respondió con un gif de una linterna encendiéndose. Después, limpió el borde del pincel y sonrió apenas.

Un minuto después, Anna reaccionó con un pulgar hacia arriba.
Héctor tardó más. Pero finalmente escribió:
Héctor: Me opongó con firmeza. Estaré allí a las 23:00.

La cita nocturna ya no era una idea vaga. Era un compromiso.

* * *

La noche había caído sobre el Gòtic como un telón de terciopelo húmedo. Las farolas apagadas de Sant Felip Neri proyectaban apenas sombras contra los muros milenarios. La fuente del centro chapoteaba con un ritmo irregular, como si supiera que algo estaba a punto de perturbar la calma.

Pau fue el primero en llegar. Iba enfundado en unos pantalones de montaña con refuerzos, botas impermeables embarradas, casco con linterna frontal y una mochila que tintineaba con mosquetones y cuerda. Dani apareció unos minutos después, con menos aplomo, pero igual de equipado. Se saludaron con un gesto rápido.

El resto llegó en grupo, entre murmullos de expectación. Anna llevaba sus inseparables botas Dr. Martens y una chaqueta vaquera. Gemma, con una linterna en mano, vestía una falda corta sobre medias negras ya rasgadas por el camino. Héctor, el último, llevaba su americana habitual, un pañuelo en el cuello y una expresión de irritación contenida.

Pau los observó de arriba abajo y soltó una carcajada seca.

—¿De verdad venís así? ¿Sin equipo, sin casco, sin una mísera cuerda?
¿Qué pensáis que es esto, una visita al Park Güell?

Gemma resopló.

—Tampoco dijiste que íbamos a escalar el Himalaya.

—Os estoy llevando por una entrada de mantenimiento, a una finca abandonada, por el alcantarillado —replicó Pau, señalando una tapa en el suelo junto al muro trasero—. ¿Qué parte de “subterráneo cerrado hace décadas” os sonó a “excursión primaveral”?

—Tampoco dijiste lo contrario —intervino Anna, cruzándose de brazos—. Un poco de comunicación no vendría mal.

—Comunicación es leer entre líneas —murmuró Pau, mientras ajustaba el mosquetón a su cinturón—. No os traigo por turismo. Allí abajo no hay barandillas ni iluminación de emergencia.

—Yo traigo dos linternas —dijo Dani, intentando mediar—. Puedo prestar una.

Héctor alzó la suya, una pequeña de lectura.

—Yo... no esperaba un descenso literal.

Pau soltó una risa sarcástica.

—Perfecto. Vamos a descubrir los secretos de la ciudad con el poder de una linterna de bolsillo.

Gemma dio un paso hacia él.

—Tranquilo, Bear Grylls. Si te hace sentir mejor ser el único preparado, enhorabuena.

—No es por mí. Es por no tener que sacaros arrastrando cuando os entre el pánico —Pau miró a Héctor de reojo—. O peor.

Hubo un silencio tenso. Solo el goteo de la fuente y un murmullo lejano del viento entre las callejuelas acompañaban la escena.

—Seguidme, es por aquí —Indicó Pau saliendo de la plaza con paso firme.

Tras unos pocos metros, se detuvo junto a un ángulo oscuro donde el Carrer del Bisbe giraba hacia el Palau Episcopal. Alumbró el suelo con su linterna frontal y señaló una tapa metálica gastada incrustada entre los adoquines.

—Aquí. En el plano antiguo aparecía como punto de inspección. No está conectado a la red moderna —susurró—. Nadie lo vigila.

Dani se inclinó y palpó el borde, las capas de tierra y telas de araña evidenciaban que llevaba al menos décadas sin abrirse.

—¿Estás seguro de que lleva al subsuelo del museo?

—Ningún plano lo confirma, pero cruza por debajo de la plaza. Hay un ramal ciego que pasa justo debajo. Si no está bloqueado, deberíamos poder bordear el muro trasero del edificio y entrar por debajo.

Gemma levantó una ceja.

—¿Y si está lleno de agua podrida?

—En verano, muchas de estas ramas quedan secas. Lo comprobaremos.

Anna miró alrededor.

—Demasiado cerca de la catedral... ¿no habrá cámaras?

—Ya revisé las fotos satélite. Este ángulo está ciego. Nadie se fija en una tapa vieja en una calle sin tiendas —respondió Pau, con voz baja pero firme—.

Finalmente, Dani se agachó y retiró con cuidado la tapa metálica.

—Ya estamos aquí. Discutamos abajo.

Gemma encendió su linterna.

—A lo Tomb Raider, entonces. Capa Zero descende.

Uno a uno, comenzaron a bajar, tragándose el miedo junto al primer aliento de aire estancado.

Héctor bajó el último peldaño con el mismo cuidado con el que se desmonta una bomba casera. El eco de sus propios pasos le devolvía una versión distorsionada de sí mismo: más joven, más temeroso, más frágil.

El olor metálico y terroso del túnel le revolvió el estómago. Aquella humedad densa no era solo física: era una condensación de memorias enterradas. Y él sabía, mejor que nadie, lo que podía esconder un túnel olvidado.

No quería mirar atrás. No quería recordar aquella cueva en su infancia, ni los símbolos que aún aparecían en sus sueños, flotando en el aire como insectos sin alas. Pero allí estaban. Reclamando presencia en cada sombra del pasadizo.

Apretó la linterna con fuerza. Miedo. No lo diría en voz alta, pero lo sentía como una espina entre las costillas. A cada paso, sus piernas le pesaban más, como si avanzara en arenas movedizas invisibles. No quería estar allí. O sí.

Y ese "sí" era lo que más le asustaba.

Porque por primera vez en sus 44 años, alguien lo necesitaba. Lo escuchaban. Lo seguían. Incluso Gemma, con toda su hostilidad, prestaba atención cuando él hablaba. Anna no le miraba como a un freak, sino como a un recurso. Pau lo toleraba. Y Dani... Dani parecía tomar nota de cada palabra, como si fuera importante.

No estaba acostumbrado a eso. A tener un papel en un grupo. Durante años, su voz había sido ruido blanco entre adolescentes que no sabían diferenciar el latín del esperanto. Ahora, por primera vez, era útil.

Pero esa utilidad tenía un precio. Si algo salía mal... Si uno de ellos se hacía daño... La responsabilidad caería sobre él. No sobre Anna. Ni sobre Pau. Sobre Héctor Vidal, funcionario público, profesor titular del IES Montserrat Fusté.

Un adulto.

El adulto.

Tragó saliva. La garganta seca, a pesar del aire saturado de humedad. Podía oír a Pau murmurar algo sobre tramos ciegos y compuertas guillotina, pero las palabras le llegaban amortiguadas, como desde el otro lado de un vidrio.

Una parte de él quería dar media vuelta. Salir. Fingir una lesión, una urgencia. Pero entonces Anna le lanzaría una de esas miradas inquisitivas que no perdonan. Gemma haría un comentario sarcástico. Pau bufaría. Y Dani... Dani bajaría la mirada con decepción.

Y eso era lo que no podía permitirse.

Apretó el paso y se obligó a mantenerse cerca del grupo. Una frase pasó por su mente como un mantra desesperado:

"Actúa como si no tuvieras miedo. Tal vez algún día lo olvides."

Y por primera vez, deseó que fuera verdad.

Mientras avanzaban, con el eco de sus pasos amortiguado por la humedad de las paredes, Pau iba por delante, con la linterna sujeta al arnés del pecho y la mirada afilada.

El símbolo seguía grabado en su mente como una quemadura vieja. Aquel trazo imposible que había visto años atrás no había dejado de perseguirlo... pero su apetito por la adrenalina siempre había sido más fuerte. Allí abajo, en la penumbra, rodeado de humedad y óxido, se sentía en su terreno. No había profesores que juzgaran sus silencios, ni libros que le recordaran que no encajaba. Aquí nadie cuestionaba sus decisiones. Era el guía. El que abría camino.

Aquí no era el que suspendía historia, sino el que sabía cómo moverse por debajo de la ciudad.

Y aunque no tenía del todo claro qué iba a encontrarse bajo el museo—porque era muy probable que la tapa de registro estuviera sellada con hormigón desde hacía décadas—eso no le detenía. Su mente bullía de planes alternativos: B, C, D... incluso uno que incluía usar una cuerda y un gato hidráulico prestado del taller de su primo. Había margen para improvisar. Siempre lo había.

El aire se volvió más denso a medida que descendían. A la izquierda, el conducto se abría ligeramente antes de estrecharse como una tráquea

de ladrillo. El olor a hierro viejo se mezclaba con el hedor a cucarachas aplastadas y musgo húmedo.

Las linternas recorrieron las paredes, marcadas con parches de cemento y óxido. Entonces, la marcha se detuvo. El camino terminaba abruptamente en un derrumbe de tierra, ladrillos y lo que parecía haber sido una bóveda rota.

—Genial —masculló Héctor—. Fin del paseo.

Gemma iluminó el derrumbe con su linterna, frunciendo el ceño ante la maraña de piedras y vigas retorcidas. Su dedo pasó sobre una piedra ennegrecida.

—Esto no es una simple acumulación de escombros —murmuró—. Aquí cayó una bomba. En el treinta y ocho. La iglesia de Sant Felip Neri fue alcanzada por la aviación fascista... Justo aquí debajo, en el sótano, se escondían los niños del colegio anexo.

Se giró hacia el grupo, su voz bajó un tono.

—Murieron aplastados. Decenas. El techo les cayó encima. Los últimos sonidos que resonaron en estas rocas fueron sus chillidos.

Un silencio espeso se apoderó del grupo. Anna se abrazó los brazos con gesto inconsciente. Héctor tragó saliva sin decir nada, mientras Dani evitaba mirar a nadie, enfocando la linterna al suelo como si pudiera escapar dentro de la tierra. Incluso Pau dejó de tantear la pared con las manos por un momento, inmóvil. Solo el goteo lejano rompía la quietud.

Dani, en un intento por romper el ambiente lúgubre, comenzó a iluminar los laterales, hasta que enfocó una pequeña apertura, a la altura del pecho. Un túnel lateral de apenas medio metro de alto se abría entre los restos del muro, como la boca de un animal agazapado.

—Eh... venid a ver esto.

Pau se adelantó, agachándose junto a Dani.

—Pasa justo por detrás del derrumbe... Si no está colapsado, nos sacaría a la otra galería.

—¿Y cómo pretendes pasar? ¿A gatas?

—Rastreando —dijo Pau, ya desabrochando las correas de su mochila para no quedar atascado—. Es ancho... aunque jodidamente claustrofóbico.

Gemma retrocedió un paso.

—Ni de coña.

Anna negó en seco.

—Yo tampoco. Si me atasco ahí dentro me da un ataque.

Héctor ni siquiera respondió. Estaba blanco como el yeso. Respiraba por la boca.

—Vale —dijo Dani—. Pau y yo entramos. Vosotros esperad aquí. Si no hay salida, volvemos.

—No vais a poder dar la vuelta ahí dentro —advirtió Gemma—. Si os quedáis atrapados, no podré sacaros.

—Tranquila —dijo Pau, sonriendo—. No será la primera vez que arrastro mi culo por un túnel de medio metro. Dani, ¿vienes?

Pau cogió un extremo de una cuerda y lo ató a su cinturón, el resto del rollo descansaba a los pies de Anna.

—Controlad la cuerda, si se acaba, dame un buen tirón.

Dani tragó saliva, apretó su linterna entre los dientes y gateó detrás.

El túnel se tragó la luz tras ellos. A cada palmo, los ladrillos se volvían más toscos, cubiertos de una mugre áspera que raspaba los nudillos. El aire era denso, pero no húmedo: olía a mineral rancio y a un aliento antiguo, como si el túnel aún exhalara los rezos de quienes pasaron siglos atrás. El sudor no se evaporaba, se acumulaba. Las paredes emanaban una quietud pesada, más parecida al polvo que al silencio.

Dani notaba bichos crujir bajo sus rodillas. Un escarabajo pasó zumbando junto a su oreja. Las cucarachas eran rápidas y silenciosas; las grandes, lentas y torpes, chocaban contra sus dedos como piedrecitas vivas.

Frente a él, la cuerda se tensó. Pau se detuvo.

—¿Qué pasa? —susurró Dani con la linterna en la boca.

—Creo que llegamos —murmuró Pau, tanteando el suelo con las manos.

El túnel se abría, abruptamente, en una pequeña cámara rectangular. Los muros eran de piedra vieja, con tuberías oxidadas serpenteando sobre restos de cal desprendida. Un tragaluz, cubierto de tierra y raíces, dejaba pasar una mínima bruma de luz cenicienta. No había señales. Ni inscripciones. Ni puertas. Solo el eco de sus respiraciones.

Pau dio una vuelta rápida al perímetro con la linterna.

—Esto es —afirmó—. El sótano del museo.

Dani se irguió como pudo, frotándose las rodillas.

—¿Estás seguro?

—Es justo el punto donde terminaba el plano de alcantarillado. No hay más galerías en esa dirección. Si no es el museo, es una sala adyacente. Pero estamos debajo, eso seguro.

Dani revisó el móvil. Sin señal. Ni una línea. Apuntó la linterna hacia arriba. Las paredes no ofrecían pistas.

Pau se agachó de nuevo junto al agujero por el que habían entrado.

—Diles que pasen —dijo, con media sonrisa.

—¿Y si no es el sitio?

—Es el sitio —insistió—. Si no, no estaríamos sellados por todos lados. ¿Has visto otra salida?

Dani negó con la cabeza. Miró hacia la cuerda, luego al túnel angosto por el que acababan de reptar.

FIN DEL EXTRACTO

Si lo estás disfrutando podrás encontrar la obra completa en breve en Amazon.
Puedes comentar y seguir las novedades en IG

@ **tibi.dabo.book**
¡Gracias!

AVISO LEGAL

Esta es una copia anticipada para lectura y valoración. No destinada a la venta.
Contenido sujeto a cambios respecto a la edición final.

© 2025 Marcel Acunya. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin autorización expresa.